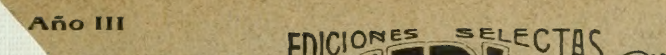


Prado, Pedro
Las copas

Año III Núm. 41



EDICIONES SELECTAS

AMERICA

CUADERNOS QUINCENALES DE LETRAS Y CIENCIAS

PEDRO PRADO

Las Copas



Dirección y Administración
TUCUMAN 692
Buenos Aires
1921

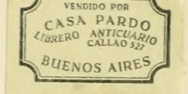
CUADERNOS PUBLICADOS

Año I	Tomo I
Amado Nervo	**Florilegio** III Edición
José Ingenieros	**La moral de Ulises** III Ed.
* *Almafuerte*	**Espigas** II Edición
* *Julio Herrera y Reissig*	**Opalos** II Edición
* *Martín Gil*	**Cielo y Tierra**
* *Ernesto Mario Barreda*	**Canciones para los niños**
* *Eduardo Talero*	**Amado Nervo**
Alberto Gerchunoff	**Cuentos de ayer**
Leopoldo Lugones	**Rubén Darío**
Florentino Ameghino ..	**Los cuatro infinitos**
Rafael Alberto Arrieta	**Selección lírica**
Vicente A. Salaverri ..	**La visión optimista**

Año II	Tomo II
* *Fernández Moreno*	**Versos de Negrita**
Joaquín V. González ..	**Música y danzas nativas**
* *Rubén Darío*	**Poemas** II Edición
Arturo Capdevila	**La pena monstruosa**
* *José Enrique Rodó*	**Joyeles**
Arturo Cancela	**Cacambo** II Edición
Armando Donoso	**Un hombre libre.**
* *Ricardo Rojas*	**Canciones.**
* *Roberto J. Payró*	**Historias de Pago Chico.**
* *Amado Nervo*	**Pensando.**
* *Alfonsina Storni*	**Poesías.**
* *Edmundo Guibourg* ...	**Evocaciones.**

Año II	Tomo III
Horacio Quiroga	**Los Perseguidos.**
Enrique Banchs	**Lecturas.**
* *Mario Bravo*	**Canciones de la soledad.**
* *Roberto Gache*	**Del vestido y del desnudo** (II edición)
Carlos Vaz Ferreira ..	**Ideas y Observaciones.**
Poetas Argentinos	**Antología de la Primavera** 1.ª parte
,, ,,	**Antología de la Primavera** 2.ª parte
Roberto F. Giusti	**Anatole France** (II edición)
Enrique José Varona .	**Con el eslabón**
Martiniano Leguizamón	**Tradiciones del Pago**
Delfina B. de Gálvez ..	**Poesias**
Luis María Jordán ..	**El Príncipe Mamboretá**

* Agotados.



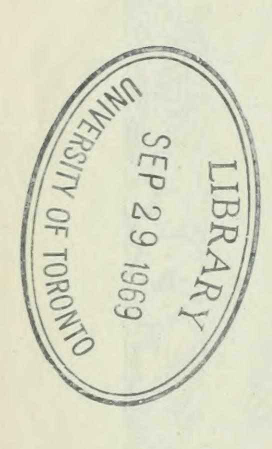
EDICIONES SELECTAS

AMERICA

PEDRO PRADO

LAS COPAS

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1921



El autor de las breves composiciones de este cuaderno es uno de los mejores poetas de Chile. Trabajador infatigable, ha publicado hasta la fecha los siguientes libros:

«Flores de cardo» (poesías). «La Casa Abandonada» (parábolas y ensayos). «El Llamado del Mundo» (poemas). «La Reina de Rapa Nui» (novela). «Los Pájaros Errantes» (poemas). «Los Diez» (poema). «Ensayos sobre arquitectura y poesías» y «Alsino».

Y aunque solamente el libro inicial es de versos, Prado es sin embargo, ante todo, un poeta que trabaja con amor de artífice cada una de sus páginas.

La mayoría de los poemas de este cuaderno son inéditos, habiendo sido publicados únicamente algunos en «Los Diez», revista chilena que editaba el grupo intelectual así denominado.

Actualmente el poeta tiene en preparación una novela de costumbres que piensa intitular «El Juez rural».

INVOCACIÓN

VENID, *palabras puras, livianas y encendidas, como aves en un vuelo luminoso. El hálito de mi amor os torna trémulas. Sois copas que en la embriaguez de la emoción se chocan. Un canto, vuestro roce musical despierta. Mas, si escancio el olvido, el ansia y la tristeza, triple licor traslucido y ardiente, vuestros finos cuerpos impalpables lanzan el suspiro que enmudece a las frágiles copas que se trizan por recibir, rendidas y temblanco, el calor de los vinos cuando hirven!*

LA LÁMPARA

Con mi lámpara encendida, y abiertas las ventanas, amo escribir cuando la noche llega.

Las mariposas, al reclamo de la lámpara, vienen de los huertos y de los pastales floridos. Vienen y danzan en torno, y se posan sobre las blancas carillas; y hay un resplandor mayor cuando alguna en la llama, consumida, muere!

A veces guardan mis páginas el polvo de oro de sus alas inquietas, pero más a menudo a ellas se mezcla la liviana ceniza de alas consumidas!

ASÍ FUÉ

EL ORIGEN

PIENSO en mi vida, sigo el hilo de mis recuerdos, y remontando los años y los años, me afano, inútilmente, por dar con el comienzo de mi conciencia.

¡Oh antigua alba inicial! que persigo caminando hacia aquel viejo oriente ¡oh alba inicial! tú te alejas tanto cuanto yo voy en tu busca.

Como un viaje que se prosigue aun cuando la noche llegue, yo continúo marchando por un camino que antes recorriera y que llega y penetra en una obscuridad creciente.

Ya mis ojos no lo ven, ya mi corazón duda de su recuerdo, pero mis pasos lo adivinan y obedecen y cuando, poco a poco, en mitad de su recorrido interminable, comprendo que su nacimiento se pierde en el lejano infinito, me produce vértigo el saber, por primera vez, que yo vengo desde aquel remoto origen, y que, a pesar de mi apariencia, soy tan viejo como el mundo!

MI MADRE

CONTEMPLO tu último retrato ¡oh madre mía! y te veo tan joven que pareces mi hermanita menor, dulce y suave; y me asombra comprender que el sentimiento que me inspiras es un sentimiento paternal.

Yo soy ahora, a pesar de mi juventud que se va, mucho más viejo que tú. Si tu imagen se animara y tú, desprendiéndote del marco, vinieses hacia mí, yo alisaría tus cabellos, besaría tu frente y, manteniendo un instante tus manos entre las mías, te diría: ¡Anda y vé a jugar madrecita mía! ¿No oyes a mis hijos? anda y vé con ellos.

Yo no te conocí, sin embargo, ahora cuando te evoco, distingo tu memoria como si fuese recuerdo cierto el que mi imaginación conserva.

Yo no te conocí, pero con mis primeras fantasías te forjé, por eso despiertas en mi corazón un sentimiento paternal.

Si tú me formastes con tu carne y tu sangre, yo te he formado con mis pensamientos.

Si tu imagen en esta tarde plácida y alegre, se animara, como a una niña te llevaría de la mano; adivino cuanto me haría sonreir tu inexperiencia y cuánta alegría me trajera el saberme hijo de tu ser infantil...

LOS JUEGOS

El niño ha jugado sin descanso. La fatiga lo rinde. Mas, esperad, allí vienen corriendo otros niños, él desea competir con ellos ¿qué hacer? Pues monta a horcajadas en un caballito de palo y sale a la siga rápido y confiado, lleno de nuevas energías.

Y va más ligero, y los alcanza, y llega más lejos que todos ellos. A nosotros su triunfo nos asombra; a ellos nó. Los derrotados dicen: "no es gracia, él viene a caballo" y él, el vencedor, no está orgulloso de sí mismo, sino de su veloz corcel.

Ahora el niño es el padre de sus hermanos; luego es un mendigo; en seguida es un ladrón o un policial, alternativamente; de nuevo es un ágil caballito que se funde, sin esfuerzo, en su propio jinete; ya es una locomotora; pronto es un muerto, pero un muerto que se aburre y resucita y que cambia de esencia y pasa de un estado a otro, acaso con la certeza de ensayar las infinitas transformaciones que, en la inconmensurable existencia del mundo, le aguardan.

He oído exclamar a hombres soñadores: "quisiera vivir la vida de ese labriego, la de ese leñador, la de ese marinero". Bien se conoce, al oir estas palabras, que la infancia está lejos. Para el niño desear es ser.

¡Ah! yo viví solo, ni hermanos ni niños de mi edad.

Mas, ¿qué importa cuando se tiene el poder de transformar la apariencia de las cosas?

Cogía una silla, con ánimo de que representase un caballo, y ¡cuidado! ya era un caballo; no me ponía al alcance de sus patas ¡no fuese a ocurrir una desgracia! Cogía otra silla, y era el coche. Y no uno cualquiera sino el coche de mi padre. Es verdad que mi padre a esa hora andaba en su coche por el campo, a pesar de ello yo andaba en el coche de él. Más como a la vez era uno solo y eran dos, ni él me veía a mí, ni yo lo veía a él.

Las riendas para el caballo, podían faltar; pero la huasca no. Lo azotaba sin piedad. Rápidamente, a gran trote, salíamos a unos caminos extraños, abiertos sobre azuladas lejanías.

Pensaba en mis amigos ausentes, y ya mis amigos estaban dentro del coche.

—¿Cómo llegaron Vds.?

Ellos reían, yo también reía feliz, al sentirme acompañado.

Atravesábamos por praderes y bosques y tierras de labor y ríos y colinas. Al cruzar los pequeños pueblos, con grande algazara, nos deteníamos a beber.

Las tabernas eran siempre muy distintas, pero, todas estaban en el comedor de casa.

Una vez bajé en una de ellas. Yo no sé si ya venía algo beodo con el vino bebido en las copas vacías, pero es el caso que al tabernero lo encontré muy parecido a mi padre.

—Hola! amigo — le dije — ¿tiene usted algo que comer y acaso, también, un vinillo especial? Mis compañeros traen gran sed.

El hombre aquel me quedó mirando con un asombro grotesco. Volviendo la cabeza hice un gesto de inteligencia a mis amigos.

—Apure usted — le dije — golpeándole cariñosamente las piernas con la huasca.

—Estás loco — me contestó.

Entonces a mí me cogió el asombro y lo quedé observando, mientras él, a su vez, me contemplaba intranquilo.

Una gran confusión se hacía en mi pensamiento.

—Pero diga usted, buen hombre ¿quién es? ¿No es usted el dueño de esta posada?

Al oirme sonrió con tristeza y sobresalto, y, tomándome en brazos, me besó con angustia.

—Hijo ¿tienes fiebres, deliras?

—Padre,—le contesté, comprendiendo, al fin. ¿No ves a mis amigos? vengo viajando. ¿Por qué te extrañas, cuando ya debes saber que tu no representas otra cosa que lo que yo deseo?

EL HERIDO

LA HERIDA

PERDONA, buen amigo: no puedo salir a tu encuentro. Estoy convaleciente de mi herida.

Ven y acércate! Un enfermo, sin inferir agravio, puede, como un rey, recibir sentado.

Si estrechas la mano exangüe que te alargo, vé por no emocionarte, que tu temblor pasará a mi cuerpo y en mi herida va a repercutir dolorosamente.

Si por distraerme, después, refieres historias alegres, ten cuidado, porque también la risa, al agitarme, daña mi herida abierta.

Has venido a acompañar a un enfermo. Difícil tarea!

Un enfermo es suspicaz y delicado como una doncella. Nunca le hablarás a medida de sus deseos.

Témele, porque tiene ante sí largas horas de insomnio enervador para meditar en tus palabras, tus intenciones y tu actitud.

No te quedes silencioso. Furtivamente, cuando mires por la ventana abierta hacia el jardín, él, que sólo divisa las copas de los árboles y las nubes que pasan,

te observará con una mirada penetrante preñada de febriles suposiciones.

Y no le hables largo tiempo. Su debilidad, excitada, miente un interés, que pronto se consume y vuela sin cesar de una a otra cosa. Adivina cuales de sus preguntas debes dejar sin responder.

Pero que no repare en ello.

Y luego no olvides que el esfuerzo, la emoción, aún la alegría, todo ahora va y busca su herida abierta.

Amigo, ya me conoces.

Aproxima esa silla y siéntate. Y cuando a nuestra charla la interrumpan los largos silencios, trata de que no te sorprenda mirándome.

LA PRISIÓN

CUÁN perdido voy. Perdido de mi mismo. Pequeños afanes consumen mis fuerzas y el día de mi juventud.

Mas, entre mis bajos menesteres hasta mi llega un eco conocido, palabras ajenas que penetran seguras y se asilan como libres palomas en un palomar de hermanas prisioneras.

Llega hasta el oscuro retiro de mis deleznables preocupaciones el aire de una brava y conocida libertad.

Entonces todas mis palomas se inquietan ébrias, y van y vienen en vuelos rápidos y terribles que las destrozan con mayor crueldad que si el pánico se hubiese apoderado de ellas.

Sangra mi corazón y suplica. Mis manos obedecen el mandato de mi razón conmovida. Y las puertas se abren! Como un torbellino de nieve salen en vuelo vertiginoso hasta la última de mis palomas largo tiempo prisioneras.

Más ¡ay! antes de que yo sepa algo con claridad, desconcertado como ellas, sin saber qué pensar, veo que vuelven una y otra, y otra, de mis palomas. Veo que vuelven, por fin, todas y se quedan en su vieja prisión tan trémulas y desconcertadas, que yo, inmóvil y perdido, siento que a todos nos gana una inexorable tristeza!

LA NOCHE

Oh! noche para el dolor y el pensamiento, tú eres oscura y pavorosa como una caverna. Como una caverna que centuplica en mil ecos profundos los alaridos de la angustia humana. Una de esas insondables cavernas de aire denso e impuro abiertas al mar que en las sombras, negro como la tinta, hierve alumbrado fugazmente por la blancura de las espumas.

Caverna que recoge el estruendo de la batalla de las olas y presta siniestro amparo a los náufragos desolados. Mientras ellos en su seno penetran, salen de las oscuras profundidades, negras, extrañas e incontables aves que apagan las antorchas, azotan los rostros, y los dejan, presas del terror, inmóviles y perdidos en las tinieblas.

EL RECUERDO

A lo largo de la ruta, bajo el cielo ceniciento, busco un compañero de jornada y llega solícito un lánguido recuerdo que el peso del tiempo ha purificado y hecho cristiano.

Lo acojo con la más honda emoción y le doy vida con el calor de mi pecho.

Revive así, poco a poco, aquella lejana historia; mas, como una sierpre que no olvida su veneno, repite paso a paso su distante y cruel hazaña y por fin una vez más silba y hiere y hiere!

Hiere en el mismo sitio antaño elegido. Muerde el reborde de la cruz dejada por una vieja cicatriz. Hinca sus dientes y desgarra y abre nuevamente esa boca de dolor, enmudecida!

ABANDONADO

Acércate a mí, acércate! Más y más próximo: dáme tu mano y por mi mano pasa a mi corazón.

Atiende a mis palabras temblorosas que caen en el aire como pequeñas embarcaciones desbordantes de náufragos. Ellas van llenas de mis más puros sentimientos.

Acójelas! Sé, tú, el rezago de una blanda playa próxima.

Acércate! Acércate!

Pero ¡ay de mí! si cuando tú pases a mi corazón y mire, después, en torno, me encuentre nuevamente solo.

CREPÚSCULO

CONTEMPLAN mis ojos este crepúsculo con toda el ansia de los altos ventanales, cuando reciben su fulgor y en él se incendian.

Pasa a mis pupilas la última llama del día y, como en un horizonte, el sol se hunde en mí y en mí muere.

¡Oh! campiñas olorosas a la tristeza del angelus, como vosotras, perfumadas a melancolía, van mi juventud y soledad a esta hora, en que aún no sabemos si la noche que viene, viene a quedarse para siempre entre nosotros.

LA SENDA

¡OH! camino que debo recorrer; vano es para mí tu panorama cambiante. Imagen que no dejo de ver, latido que no ceso de oir, una obsesión trabaja para mi pecho. Carcome invisible, mi vida, taladra mi propio corazón.

Pero he aquí que las negras nubes se abren y aparece una claridad azulina en el lejano infinito. Con cuánta avidez, como ave que escapa, mi mirada por entre las rotas nubes, huye.

Mas ya el viento se levanta, las nubes se cierran amenazantes, y mi mirada de esperanza queda tras las nubes volando perdida.

Oigo nuevamente el temblor de mi corazón que palpita como un ciervo herido y prisionero. Y cuando llega la terrible certeza de que toda lucha es vana, lloro, más que mi propio dolor, el no ser capaz de sobrellevarlo y, algún día, hacer de él mi hermano.

SI PUDIERAS...

HÉME, por fin, viviendo un instante fuera del tiempo. Mi cuerpo se aliviana, mi recuerdo queda ajeno a da angustia y hasta mi tristeza está libre de dolor.

Perdura ¡oh! infinito instante sin medida; líbrame del río amargo del tiempo; manténme como una hoja loca que vuela en libertad.

No me dejes caer; sopla de nuevo; llévame contigo cada vez más alto.

Siento como la tierra, que abajo aguarda confiada, tira de mí con todas sus esperanzas.

Ayúdame! Ah! si tú pudieras mantenerme, para siempre, flotando en este ambiente, puro, liviano y sin medida...

SOLEDAD

Me alejé de tí ¡oh! mar y, al ir interponiendo distancia entre tú y yo, fuí allegando olvido, arrastrando sensaciones tuyas en desvanencia, seres que por debilidad más que tu muerte, tu no ser creaban.

Por largos días tu ausencia fué, no un mar muerto y desecado, sino una ignorancia, una inexistencia de tí ¡oh fuerte!

Y a tus playas bajo nuevamente. Frente a las olas que tú hacia la tierra arrojas, llego como la espuma de otra ola perdida que la tierra hacia tí ¡oh mar! envía.

Avido vengo, renaciendo de mis muertes diarias, sacando el vivir y el morir de unas mismas aguas, de las que emergen, como tus olas incontables, el tumulto de mis ciegas acciones.

Al igual de las aves marinas, sobre una alta roca solitaria me retiro y pienso. Y mientras a mi cuerpo lo bate tu viento impetuoso y mis oídos recogen tu trueno, mis miradas recorren y luego flotan perezosas en tus aguas incansables.

Llega, sí, tú animador, y nuevamente existes! Cobras vida y movimiento; y confusa, como voz de despertar, nace otra vez tu canto...

Mas, ¿por qué son tan iguales tus olas y tu hori-

zonte! ¡tan inmóviles las rocas de entonces y de ahora! ¡tan vencida aquélla y esta arena!

¿Seré capaz de una recreación tan fiel? Dudo y presiento que tú pudiste ser, mientras yo, lejos de tí, formaba con recio olvido, tu inexistencia.

¡Ah! de un golpe empequeñezco cien codos al dudar de que no soy, en verdad tu animador. Como amante que regresa ávido, y fríos celos lo poseen y hieren, así me ocurre a mí ahora, ¡oh mar! así ¡oh múltiples cosas del mundo de las que me creí ser causa primordial!

Yo que ardí de fieras esperanzas y frenético y envuelto en el incendio de tus olas azules, canté cual ninguno, ante el vértice hirviente de tu abismo, la máxima belleza que atesoras...

No suaves perspectivas, no mansos oleajes, dulces borregas hechas para caricias femeninas, no así engañoso de blandos sentimientos te busqué y preferí.

Sólo por desear crearte magnífico y unánime en plenitud, yo supe de la profundidad de tus cimas inmensas, y vino hacia mí con la revelación de tus tesoros la única noche entre cien mil en que surgen majestuosos y flotan un instante todos los barcos que en tí yacen, transformados por las madréporas en lívidos alcázares.

Sí, rotas mis alas por los vientos extremos, yo ví aparecer y danzar sobre las olas en delirio, en la negra e hirviente soledad todos tus mil y mil palacios, luminosos por las aguas fosforentes que al escurrirse, entre la sombra que los pueblan, cantan! Voces inefables se advinaban bajar a las oscuras profundidades,

mientras sobre los barcos desapercibidos se cerraban las aguas temblorosas como labios en que aún perdura el temblor y la fiebre de los cánticos!

¿Me escuchas? Así, con mis voces, iba creando tu íntima esencia privativa.

Yo que te redimí del agua y te dí la conciencia de un Dios; yo que te puse mil veces encima de mí propio, no en tu orgullo indómito gozaba, no en verte redimido de entre las ciegas cosas, sino en saber que eras creación de mí mismo. Yo tu ordenador, el que iba revelándote, yo que venía de hacerte resucitar de entre los muertos...

No más lejos de mi propia sangre estaban de mí, tus aguas; no diverso a mis voces, tu discurso: nada tuyo que pudiese vivir en clara y audaz independencia!

De tí propio ¿qué venía a quedar entre mis cantos? En mí vivías como en propio lecho, tus olas corrían por mis venas , y tu enérgica tristeza era mi tristeza viril!

Para mí ya no fuíste sino extensión de mi pertenencia, nunca más allá de mis fronteras! Y hoy? De mí necesitas! Creado fuíste y por siempre serás!

Desposeído ¡ay! me sé del mundo entero. Del mundo antes muerto al que insuflé el ritmo de mis voces, que en él quedó circulando como el latido de una sangre eterna!

LIBERTAD

DORMIDO estaba, inconsciente vivía, rendido, oscuro, silencioso. Quemado por el estío agobiador, dormía en la alta noche. Bajo los árboles mustios, las ramas pendientes y quietas, en el aire negro de aquella paz de derrota, soñaba.

¡Oh! vida demasiado fuerte, licor que no te detienes en la alegría y a la embriaguez arrastras; llama que de alumbrar no te satisfaces, y consumes el madero que te alienta. ¡Oh vida! por vivirte morimos.

Lejos de mí y lejos de mi conciencia brillaban las blancas estrellas de la noche. La fatiga ceñía mi cuerpo como una malla precisa, modelando uno a uno mis miembros.

Yo era semejante al luchador herido que se desangra silenciosamente, mientras gravita sobre él el enorme peso de su escudo inútil.

Atados mi voz, mis brazos y mis piernas en los trágicos sueños impotentes, la vida danzaba en torno mío como un divino ofrecimiento.

Ciudades en fiesta ardían en medio de las azules noches estivales. La alegría del mundo rozaba indiferente con su túnica liviana mis labios que, mudos, imploraban.

Mujeres divinas se ofrecían sin temor ante mis ojos, y sus miradas, como aves que vuelan lentas al cargar las pajuelas de los nidos, sonreían llenas de plenitud por encontrarse en esa edad de madurez, que es una cumbre desde donde todo se ofrece fácil como un descenso.

Mas, sus miradas atravesaban mi cuerpo como si fuese una porción de aire indeterminado. Se detenían antes o después; pero nunca en el sitio en que yo me encontraba inmóvil y prisionero como un árbol.

Un grupo de guerreros, orgullosos en sus cabalgaduras, pasaron custodiando el botín arrebatado a pueblos vencidos. Los cascos de sus corceles hirieron mi cuerpo impotente.

Invisible a todos, y todos visibles para mí. Divisaba la alegría, el amor y la abundancia, y allá en lo alto, como la luna olvidada, oculta por las luces de la ciudad, veía brillar el porvenir de Dios.

Más ¡oh! supremo instante: en sueños presentí que soñando me encontraba. ¡Oh! libérrima alegría: saber en nuestro sueño que soñamos!

Ningún deseo entonces sobreviene de querer despertar. Fogosa y encendida libertad nos cubre y nos protege, y todo deseo insatisfecho acude solícito, buscando saciarse sin vallas ni temores.

¡Ah! si yo, despierto como estoy, mas tranquilo y confiado como un sonámbulo, tuviese la repentina y profunda certidumbre de saber, mientras vivo, que no es sino la vida la que sueño!

¡Oh libertad! tú serías mía: serías la consejera de mis múltiples deseos, de estos deseos confusos y tristes, y hambrientos de amor.

Al despreciar el engañoso juego de las sombras que me rodean, nunca olvidaria que cosas ilusorias pueden darnos una alegría real.

Seguro de que las angustias y dolores de los sueños no persisten al despertar, quedaría imperturbable a los obstáculos, mudo a las amenazas, sonriente a las heridas. Y proseguiría satisfaciendo tranquilamente mis deseos, confiado en la hora del despertar definitivo: cuando brillase para mí, fría y real, el alba de la muerte liberadora.

LA TORRE DE LOS DIEZ

LA TORRE

Lejos de las ciudades populosas y de los alegres puertos; distante de la paz de las aldeas y de las mansiones solitarias de los misántropos; sin tierra que cultivar; sin siervos que proteger; sin ambiciones de dominio ni orgullo de ser enseñanza, ejemplo o guía; sobre un enorme y abrupto peñón que ha recibido durante cien siglos el ataque del mar y la esperanza de sus prodigiosas lejanías, se elevará tranquila, aislada y libre, la roja Torre de Los Diez.

LA BANDERA

ARRIBA, sobrepasando la terraza y el muro horadado de las campanas, un mástil solitario ofrecerá a todos los vientos la enorme bandera de púrpura cruzada por el oro de una equis.

Puede el mástil erguirse recto como un pararrayos, o curvarse gimiendo como un arco colosal, cuando lo requiera la mano del viento; pero jamás será abatida esa bandera. Como si la torre albergase una fiesta perpetua, día y noche flameará sobre sus muros, tal como una llama inagotable.

Y antes de que el tropel rugiente de los ensordecedores huracanes haya despedazado el último girón a las jarcias, cien veces, todos los que hasta ella levanten los ojos, la verán encarnar en infinitas transformaciones.

Primero se envolverá sobre sí misma, derecha y delgada como un vástago que en su carmín anuncia la primavera; lentamente, en seguida, se abrirá cóncava y temblorosa como una corola gigantesca; después, desmayada y lánguida, entrará en un reposo pleno de ritmo contenido; al insinuarse de nuevo el invisible paso de los anhelos del viento, sobre la seda nacerá el calofrío de todos los caprichos imaginables: danzará con los mismos giros de la flotante clámide de una extraña bailarina; batirá acompasadamente el aire como el pa-

ñuelo de las despedidas; será voluble como el ansia, y con la misma avidez se tenderá hacia el oriente, luego al septentrión, y uno en pos de otro, con igual energía, señalará todos los infinitos caminos de la rosa de los vientos.

Mas, cuando se alce cálido y repentino el anuncio de la tempestad, extendida de golpe como un ala inmensa ebria de vuelo, soberbia de esfuerzo y furiosa y rebramante de impotencia, desgarrará para volar la seda de su cuerpo, y estremecida y poderosa, como una lengua que desata una ignota y repentina pasión, llena de una alegría abrumadora, obedecerá al viento de tempestad que le enseñe a cantar, libertarse y morir.

LAS CAMPANAS

La torre alta y obscura como un faro abandonado, entrará en la noche hasta confundirse con ella.

Ningún navegante, de los perdidos en la sombra, encontrará en su invisible silueta rumbo de esperanza ni anuncio verdadero.

Solamente un vuelo de campanas cruzará sobre las gavias rotas en la hora trágica de los naufragios.

Como aves de tempestad, se oirán pasar, lejanos o próximos, los tañidos dolientes.

Y cuando los náufragos, abandonados entre las olas, sientan ya el amargo de las aguas negras y misteriosas, algunas campanas sonarán para ellos como sonaban las de sus pueblos lejanos a la hora del angelus; otras recordarán los repiques de gloria y de fiesta del día inolvidable cuando toda la ciudad natal recibió empavesada a sus hijos vencedores; mas, todas, antes de que se hundan para siempre, cantarán puras y diáfanas, tal como sólo habían cantado unas risueñas campanas en aquella mañana luminosa de sus bodas distantes.

LA CONTEMPLACIÓN

Nubes solemnes, jamás terminaréis de pasar y pasar; albatros y aves poderosas del océano, siempre alguno de vosotros estará voltejeando ante la vista.

Contemplados, desde la elevada terraza de la torre, nunca, en vosotras, lejanías cenicientas, faltarán viajeros que vayan, convertidos en hormigas, trepando afanosos los caminos solitarios.

En la época de los barbechos, con embeleso nuestros oídos adivinarán el ruido blando de los arados, cuando abran la tierra al grave y manso paso de los bueyes.

No importa, entonces, que estéis próximos o distantes, ¡oh! labradores; siempre nuestro corazón oirá sojuzgado vuestros imaginarios cantos.

No temáais permanecer silenciosos o lanzar a los vientos maldiciones y amenazas; no os preocupéis de que vuestro paso sea firme ni vuestra actitud altiva; como quiera que vayáis, a la distancia, siempre os veremos llenos de una noble apariencia; y sean las que fuesen vuestras palabras, o la causa de vuestro mutismo, sólo oiremos una dulce melodía que se eleva y os envuelve.

Navíos imperceptibles, rumbo al Asia, que cruzaréis bordeando la línea del horizonte; mayor tiempo que las gaviotas os seguirán nuestras miradas y fantasías.

Por grandes que vayan a ser vuestras venturas, siempre serán débiles ante el encanto que para vuestros destinos vamos a soñar.

Rseultarán pequeñas las cargas y escasos sus valores ante la abundancia, la variedad, la riqueza y la hermosura indescriptible de lo que en vuestras calas vamos a depositar.

Ningún atractivo tendrán las más hermosas mujeres; banales serán sus ardientes amores, pálido el sol de fuego y monótonos los paisajes lujuriosos, comparados con las deliciosas maravillas que en vuestra ruta creeremos que van a ofrecer a los viajeros, ávidos siempre de cosas indefinidas.

Cielo, mar y tierra, todos en torno de la torre iréis abiertos!

Seres risueños o mendigos; acciones nobles, torpes o sórdidas; campos estériles; dunas temibles, bosques llenos de porvenir, todos, desde la alta torre seréis igualmente hermosos para nosotros. Como si la vida fuese una fiesta, sólo os presentaréis ataviados con la belleza que escondíais.

Ningún accidente quebrará la armonía imperturbable. Y sin esfuerzo, nuestros pensamientos y nuestras voces se alzarán para alabar la causa y el origen del mundo, y la plácida alegría interminable que fluye de su contemplación!

LA SOMBRA

Desde lo alto de la torre el que allí siempre vele maravillado verá que cada día al nacer el sol, del cielo de occidente donde aún queda un resto de la noche, y desde el seno del mar vendrá, débil y extenso hasta el pie de la torre, un camino de sombra.

Ascenderá el sol para ir en su gran vuelo. Pero el resto de la noche agazapado al pie de la torre, encogiéndose y dando vuelta, jamás será visto por el sol.

Y aun cuando el sol, seguro de haber cumplido su diaria tarea, se empurpure como un rey, y descienda en el mar, el resto de la noche anterior, que la torre ha protegido, se estirará creciendo más y más. Y cada vez con mayor rapidez irá por sobre las praderas, por sobre los árboles y las casas que encuentre a su paso, los rebasará y saltando nuevamente al campo libre ya débil y desvaneciéndose, aún tendrá fuerzas para emprender, recto, la ascención de las montañas de oriente. Y en el mismo instante, en que tras las cumbres, la nueva noche inocente asome, él le hará entrega del misterioso secreto que la noche anterior le confiara.

Como una inmensa aguja, la torre, en los claros días, con hilos de sombra tejerá entre las noches de nuestra vida!

Año III — **Tomo IV**

Juan B. Justo........	**Ideas sobre Historia**
Benito Lynch.........	**El pozo**
Rubén Darío..........	**Páginas Olvidadas**
Emilio Berisso........	**Reminiscencias**
Pedro Prado..........	**Las Copas**

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

A LA DERIVA. Canciones de los puertos, de las tierras y de los mares, por Héctor Pedro Blomberg .... $ 2.50

LA FLAUTA DE CAÑA, por Luis L. Franco $ 2.00
I. — Los Parques Abandonados. II.— Los Extasis de la Montaña, por J. Herrera y Reissig, cada libro $ 1.00

LA MALA SED. Drama en tres actos, por Samuel Eichelbaum. Prólogo de José León Pagano. $ 1.00

CRAINQUEBILLE, pieza en tres cuadros, por Anatole France .... $ 0.20

CANCIONES PARA LOS NINOS. I—El Martillo. II — La Aguja. Letra de Ernesto Mario Barreda, música de Luisa S. de Barreda, cada una.. $ 0.60

Pedidos a nuestra Administración.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Argentina...........	Por un año...............	$ 5.00 m/n.
	„ seis meses...........	„ 2.50 „
	Número suelto, 0.20 en la capital.	
	„ „ 0.25 en el interior.	
En el exterior............	Por un año..............	$ oro 2.50.
	„ seis meses.........	„ „ 1.30.
	Número suelto..........	„ „ 0.15.

PROXIMAMENTE

B A B E L

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

La salud de
l
os niños:

"Germinasé"

El alimento
de los hijos
de médicos

IMP. "NOVITAS" DANON & CIA.
RECONQUISTA 459 · BS. AS.